

María Zambrano y Cioran frente a la Utopía¹

En *Silogismos de la amargura*, sentencia Cioran: “Sólo los pueblos fracasados se aproximan al ideal humano; los otros, los que triunfan, llevan los estigmas de su gloria, de su atrocidad dorada”². En un ensayo publicado en Cuba en 1953, “Sentido de la derrota”, María Zambrano narra su diálogo con un gran escritor francés (Albert Camus, según Jesús Moreno Sanz). Después de haber escrito: “Lo cierto es que de la derrota y del fracaso han surgido las más bellas obras de poesía y los más claros pensamientos de la mente humana”, y también: “Pues que todo lo vencido y derrotado está llamado a renacer si ha sabido mantenerse fiel a sí mismo, si ha sabido entregarse...”, narra lo siguiente:

Por eso me arrepiento a medias de algo que un día dije a uno de los más grandes escritores que Francia tiene hoy día. Le había conocido hacía dos horas alrededor de una mesa a la que nos sentábamos ese número de personas que hace una conversación perfecta —raro gozo en esta época de reuniones multitudinarias y de soledad—; amaba a España con honda y un poco desesperada pasión, y llevado de esa pasión llegó a decirme: “Porque, señora, usted sabe, yo también soy español.” Y le dije: “No, no es posible; para ser español hace falta estar vencido.” Pareció vacilar un momento y en seguida repitió en voz alta la frase para hacer partícipes a los demás de lo que aceptaba como una especie de condena a la que no acababa de resignarse; pues, ¿no estaría él, acaso, un poco vencido?... Me arrepiento porque no sólo para ser español, sino para ser hombre, hace falta estar vencido o... merecerlo; vencer, si se vence, con la sabiduría de los derrotados que han ganado su derrota.³

Imaginemos que pudo haber tenido este diálogo con Cioran, con quien conversó mucho por esos años en París, y que profesaba también un singular amor por España. Incluso, de una de esas conversaciones, como reconoce el gran escritor rumano en *Ejercicios de admiración*, se derivó la escritura de *Historia y utopía* (1957). En su ensayo “María Zambrano: una presencia decisiva”, incluido en aquel libro, reconoce lo siguiente:

Recuerdo con precisión el momento en que, en el Café de Flore, tomé la decisión de explorar la Utopía. Sobre ese tema, que habíamos tocado de pasada, citó ella una opinión de Ortega que comentó sin insistencia: yo resolví en ese mismo instante entrar a fondo en la nostalgia o en la espera de la Edad de Oro. Tal hice luego con una curiosidad frenética que, poco a poco, había de agotarse o transformarse más

¹ Ensayo publicado en *República de las Letras*. Madrid, (87), 2005.

² E. M. Cioran. *Silogismos de la amargura*. Barcelona, Tusquets, 2002, p. 127.

³ María Zambrano. “Sentido de la derrota”. *Bohemia*. La Habana, 1953.

bien en exasperación. Lo cierto es que dos o tres años de extensas lecturas tuvieron su origen en aquella conversación.

Sería muy interesante establecer un paralelo, aunque sea como en un contrapunto, entre ese libro y *Persona y democracia*, que María estaba escribiendo por esos años y que finalmente vio la luz en Puerto Rico en 1958. Lo cierto es que, aunque abordan temas coincidentes, las diferencias de perspectivas son notables. Mientras todavía María Zambrano tiene fe en la democracia, Cioran no. La española había desarrollado, desde mucho antes, al menos desde “La ciudad ausente” (1928), una proyección utópica en su pensamiento, si bien muy singular, y que retoma, por ejemplo, en 1940, cuando publica en La Habana *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*, ya transida por su inicial experiencia del exilio. Sin embargo, la utopía social implícita o explícita tanto en *Horizontes del liberalismo* (1930) como en *La agonía de Europa* (1945), parece llegar a un límite, un confín, en *Persona y democracia* (1958), donde expresa: “Lo que sigue siendo más fácil todavía para el hombre es construir infiernos o inventar paraísos”. Y en el nuevo prólogo a *Filosofía y poesía*, de 1987, coincidente con el que añade un año después, en 1988, a *Persona y democracia*, escribe: “Entiendo por Utopía la belleza irrenunciable, y aún la espada del destino de un ángel que nos conduce hacia aquello que sabemos imposible”. Algo ha cambiado entonces en su pensamiento o, mejor, se ha ahondado. Ya no más utopía, sino profecía. Porque la utopía había sido una de las vías que había movido a la cultura occidental en el desenvolvimiento de una historia sacrificial, como ya había comenzado a vislumbrar en 1952, en *Delirio y destino*:

Es la utopía el lugar donde aparece aprisionada la inspiración de la historia de Occidente, como en una cárcel a veces donde algunos obstinados van a rescatarla. Los ideólogos con sus guardianes y con sus celosos definidores que miden para que no se vierta su inspiración en la Historia, para seguir conduciendo su agua, aprovechándola para un solo molino. La historia de una inspiración sin utopía es otra historia, una rara historia. ¡Qué pocos pueden contarla ya!, esta historia de nuestra inspiración, de nuestro delirio, un delirio de pureza condenado tan pronto por el destino. ¡Y el destino fatal no es sino la Historia misma que rechaza la inspiración!

Había entonces que desandar el camino, regresar a la raíz, al origen, y comenzar de nuevo. Esa es su profecía última. “De que un triunfo glorioso de la Vida en este

pequeño planeta se dé nuevamente”. Disposición para la que ya parecía estar preparada en *Persona y democracia*, cuando afirma: “No hay creación sin profecía”.

No puedo dejar de interrogarme sobre el hecho de que la mirada que escruta la utopía desde Cioran, como también desde Zambrano, es la mirada de un exiliado, un “exiliado metafísico”, diría el rumano (y, en este sentido, acaso cercano a esos “hombres sin patria” de que hablara Nietzsche), un escritor que ha tenido incluso que *volver a nacer* en otra lengua. Es muy significativo que María Zambrano (una suerte de exiliada órfica y pitagórica) llegara a reconocer hacia el final de su vida, en 1989, que “El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida”⁴

Permítaseme ahora una leve digresión. Releyendo *Persona y democracia* para un congreso en Madrid por el centenario de María Zambrano, todo el tiempo interfería en mi lectura la realidad cubana de los últimos años, como un ejemplo fragante de absolutismo disfrazado de democracia, como tantas veces describe prolijamente María Zambrano en su libro, y como tuvo también que ser el discurso del totalitarismo rumano: países periféricos, maniatados por un discurso de izquierda desde las entrañas mismas de un absolutismo feroz, obcecados por una utopía impuesta, *obligatoria*, como describe tan bien Cioran en *Historia y utopía*, incluso un poco proféticamente; países para los cuales, por su larga deformación histórica y estructural, es sospechosa incluso la posibilidad inmediata de acceder a una democracia tradicional (para no hablar de esas democracias con “color de imperio” a las que también aludió María Zambrano⁵), quiero decir, sin arrastrar el trauma de tantos años de práctica absolutista. De ahí la sensación tan perturbadora de haber vivido como exiliados del mundo dentro de esos países, ¡como exiliados de nuestra propia alma!, por fruto de aquella enajenación (utopía) impuesta –o, incluso, peligrosamente asumida-, donde la *persona* desaparece o queda sepultada. De ahí una de las explicaciones posibles de esa extraña dualidad de exiliados

⁴ María Zambrano. “Amo mi exilio”. En: *Las palabras del regreso (Artículos periodísticos, 1985-1990)*. Salamanca, Amaru, 1995.

⁵ María Zambrano. *Los bienaventurados*. Madrid, Siruela, 1990, p. 16. A propósito puede consultarse, por ejemplo, los ensayos de Jesús Moreno Sanz: “Centella de la esperanza en oscura noche: el sueño que se sigue”, en *República de las Letras*. Madrid, (84-85): 26-33, 2004, “Insulas extrañas, lámparas de fuego: las raíces espirituales de la política en *Isla de Puerto Rico*”, en *María Zambrano. La visión más transparente*. Madrid, Editorial Trotta / Fundación María Zambrano, 2004, y “El lamento de Eurídice”, especialmente el acápite “I. Genealogía cívica del pensamiento de María Zambrano y razón en la sombra”, de su introducción a la antología crítica de María Zambrano. *La razón en la sombra*. Madrid, Siruela, 2004.

internos y externos que producen esas realidades. Creo que esa extraña lectura secreta que yo realizaba en silencio, desde la experiencia de mi realidad cubana, puede ser similar a la que realice *ahora* cualquier escritor rumano de *Persona y democracia*. Concurrentemente, hay algo como ancestral, sagrado, incluso atávico, en esos países, en esas culturas marginadas dentro de la cultura occidental -a la que, por otra parte, pertenecen-, que parece resistirse a esa añorada solución utópica (la democracia como reino de la libertad), porque acaso se padece, se vive en ellas lo que María Zambrano llamó el hermetismo de lo sagrado: una de las caras del suicidio de Occidente. En una interesante carta que cita Jesús Moreno Sanz, de María a Antoine Bernan, en 1970, sobre el libro de Cioran, *El oscuro demiurgo*, se aprecia el punto de giro entre el pensador rumano y la autora de *De la aurora*. Dice allí María:

Su libro es muy lúcido y escrito como siempre y mejor, y contiene belleza. Mas, para mí, claro está, el demiurgo existe, sí, mas sólo como una barrera a atravesar, como una zona a recorrer, como una máscara, como una sombra. Y así se lo he dicho. Espero de él (...) que lo trascienda, que se trascienda. El ya tiene una obra realizada bajo el ocaso de la civilización, de esta hora de la historia. Ahora ya no le queda más que atravesando lo que le quede de “noche oscura”, asomarse al alba.⁶

La otra cara, como se verá enseguida, fue la que constató Zambrano, desde su exilio europeo y, finalmente, ya de regreso en España, en el mismo centro de las democracias actuales. En este sentido, es muy ilustrativa la carta de Cioran, fechada en 1957 (verdadera carta de un exiliado), que precede a *Historia y utopía*, porque allí se expone la tensión –para Cioran- entre dos espejismos: el sin sentido último de la democracia liberal (falta de justicia) y el absolutismo comunista (falta de libertad). Pero para María Zambrano –como escribe Jesús Moreno Sanz, a propósito de *El hombre y lo divino*, pero también con el conocimiento de todo el pensamiento de María-:

El mundo se ha vuelto a hermetizar. El hombre, a base de volar en los infiernos de la luz, de avasallar, imperializar e instrumentalizar la realidad, la ha abismado, de nuevo, en el mundo oscuro de lo sacro. Surgen ya los dioses oscuros que se describirán con mayor pormenor en el inmediato –en realidad paralelo- libro de Zambrano, *Persona y democracia*: la historia, el futuro, el Estado y la capacidad que ellos propulsan de adoraciones de innumerables e innombrables ídolos que ofuscan el acceso a la

⁶ Citado por Jesús Moreno Sanz en “Imán, centro irradiante: el eje invulnerable”, prólogo a *El hombre y lo divino*. p. 101

realidad. El hombre se ha hermetizado absolutamente. Y la absolutización del hombre es el cierre del proceso del humanismo occidental. Este es el suicidio de occidente.⁷

Y como ha visto muy bien el propio Moreno Sanz y Andrés Sorel (este último incluso tomando en consideración el pensamiento de Cioran⁸), María Zambrano dejó muy claro, en su último libro publicado, *Los bienaventurados* (1990), su diagnóstico final, en este caso de las democracias occidentales, cuando expresa sobre “el imperialismo político y racional de Occidente”:

Indignos casi de la vida, de la vida inmediata, nos presentamos hoy con técnicas, razones técnicas, también análisis igualmente técnicos del alma reducida a psique, a máquinas, invasores siempre, ayer todavía y aún hoy guerreramente y enseguida pacíficamente, industrialmente, donde no nos llaman. Todo es color de imperio, de comercial imposición. / Y allí donde llegamos la danza cesa, el canto enmudece, la ronda se deshace.⁹

En efecto, es muy curioso que la propia María Zambrano, en su prólogo de 1988 a *Persona y democracia*, parezca ya dudar incluso que la democracia sea el fin de la historia sacrificial, y más: que parezca dudar, coincidiendo en ello en cierta forma con Cioran, aunque desde presupuestos, eso sí, muy diferentes, de la necesidad misma de la construcción utópica como horizonte para la cultura occidental. Porque tal parece que es precisamente todo ese abigarrado imaginario utópico que ha caracterizado a toda la cultura occidental, en sus distintas variantes históricas, lo que tanto Cioran como María Zambrano parecen poner en duda: Cioran, si bien reconoce, aunque desde un escepticismo radical, como inevitable la existencia misma de la utopía, insiste en su falta de sentido, lo que parece avenirse casi literalmente con el significado etimológico de la palabra: *no hay tal lugar*, pero María porque añade como un sobresentido trascendente. Si la utopía de la democracia parece no poder dejar atrás la historia apócrifa, para dar paso a la historia verdadera -o la prehistoria según Marx-, entonces María se aviene con un nuevo principio: una suerte de recomienzo, un volver a empezar el viaje desde la encrucijada misma desde donde se extravió el verdadero camino hacia

⁷ Ibid., p. 117.

⁸ Andrés Sorel. “María Zambrano en y desde el siglo XXI”. Editorial de “María Zambrano. La hora de la penumbra”, número monográfico sobre y de María Zambrano. *República de las Letras*. Madrid, (84-85): 22, 2004.

⁹ Citado por Jesús Moreno Sanz en “Insulas extrañas, lámparas de fuego: las raíces espirituales de la política en *Isla de Puerto Rico*”, en *María Zambrano. La visión más transparente*. Madrid, Editorial Trotta, 2003, p. 233.

esa *ciudad ideal*, hacia esa *religión de la luz*, hacia ese *eterno o ancho presente* u *hombre verdadero*, que acompañaran el advenimiento de una historia de la libertad, o historia ética, esto es, la creación de una persona integral. Escribe María en su prólogo de 1987 a *Persona y democracia* (1958):

“La crisis de Occidente” ya no ha lugar apenas. No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad. Oscuros dioses han tomado el lugar de la luminosa claridad, aquella que se presentaba ofreciendo a la historia, al mundo, como el cumplimiento, el término de la historia sacrificial. Hoy no se ve ya el sacrificio: la historia se ha tornado en un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia y los mismos derechos que un Dios absoluto que no permite la más leve discusión (...) Algo se ha ido ya para siempre, ahora es cuestión de volver a nacer, de que nazca de nuevo el hombre en Occidente en una luz pura reveladora que disipe como en un amanecer glorioso, sin nombre, lo que se ha perdido (...), que se repita el “fiat lux”, una fe que atravesase una de las noches más oscuras del mundo que conocemos, que vaya más allá, que el espíritu creador aparezca inverosímilmente a su modo y porque sí.

Es muy curioso que, al final de su libro, Cioran parezca orientarse hacia la interiorización de la utopía: ese hombre interior o hombre nuevo paulino o agustiniano, aunque no lo adjetive desde esa estirpe. Escribe y concluye allí Cioran:

El remedio de nuestros males hay que buscarlo en nosotros mismos, en el principio intemporal de nuestra naturaleza (...) No hay paraíso más que en el fondo de nosotros mismos, y como en el yo del yo; todavía falta, para encontrarlo ahí, que hallamos recorrido todos los paraísos, los acaecidos y los posibles, haberlos amado y detestado con la torpeza del fanatismo, escrutado y rechazado después con la pericia de la decepción. / Se dirá que cambiamos un fantasma por otro, que las fábulas de la edad de oro son tan válidas como el eterno presente con el que soñamos, y que el yo original, fundamento de nuestras esperanzas, evoca el vacío y a él se reducirá finalmente. Puede ser. ¿Pero acaso un vacío que otorga la plenitud no contiene más realidad que la que posee toda la historia en su conjunto?

Nos enfrentamos entonces, en el caso de Cioran, a una aparente contradicción, acaso motivada por la propia Zambrano para que el pensador rumano llegara a confrontarse consigo mismo -recuérdese la carta citada de Zambrano a Antoine Bernard sobre Cioran: “Espero de él que lo trascienda (...) que se trascienda”-, pues ¿cómo es posible que quien no escatimaba ocasión para exponer su vocación suicida pudiera reconocer la existencia misma del Paraíso en la interioridad del hombre?¹⁰ Por otra parte, es muy

¹⁰ Sin embargo, este tópico, en Cioran, puede rozar el peligro de otra utopía, la de construir una *religión del yo*, como denuncia María Zambrano a lo largo de todo *El hombre y lo divino*. Es muy curioso que

significativo también, que la propia María, en carta a Lezama de 1973, escribiera que “Corroboré el otro día leyendo a Massignon que nunca el hombre occidental ha tenido tanta vocación suicida”¹¹, o que vislumbrara la muerte o, más exactamente, el suicidio de Adán¹², ya incluso reconocida, de la mano de Nietzsche, la muerte del Dios cósmico, como expone a lo largo de todo su libro *El hombre y lo divino* (1955), libro que conoció perfectamente Cioran. Claro que continúa vigente una diferencia, pues quien murió añorando la fusión con el Cuerpo Glorioso (“Estamos en la noche de los tiempos, Edison Simons, hay que entrar en el cuerpo glorioso”¹³) no es la misma persona (Cioran) que murió, al parecer, desengañada de todo, aun cuando María pudiera decir (confesar) que: “veo los informativos de televisión con cierta frecuencia y eso me quita la gana de escribir, no ya en España, ni en el mundo, sino en el universo. Es terrible lo feo que está el mundo. No hay un rostro de verdad, un rostro, puro o impuro, pero un rostro. El mundo está perdiendo figura, rostro, se está volviendo monstruoso”¹⁴. Otro tanto le había confesado epistolariamente a su amigo Lezama: “porque ya no hay quien cante, ni quien responda en ninguna lengua”. Y en la misma carta se entraña más con Cioran, el otro exiliado del mundo, al reconocer: “No he conocido más que derrotas en mi vida, siempre vencida”¹⁵, lo que nos retrotrae a aquella anécdota con que comencé este ensayo, contenida en su “Sentido de la derrota”, que parece, por cierto, un título de Cioran. Pero, al final de su vida, cuando recibe el Premio Cervantes, vuelve María sobre aquel su antiguo texto y expresa sobre “la España del fracaso: la más noble tal vez, la más íntegra”, que: “en el fracaso aparece la máxima medida del hombre”¹⁶.

Siempre, empero, me ha parecido engañosa la actitud de Cioran frente al suicidio. No sólo por la aparente inconsecuencia de no realizar en acto aquello mismo que preconizara o convocara, no sólo incluso porque tampoco padeció el mal sagrado de su

exista una cierta afinidad con estos razonamientos de Cioran en *Delirio y destino*, cuando la autora escribe en el *delirio* “Voy a hablar de mí mismo (Fragmento filosófico del segundo tercio del siglo XX)”: “Para serse, el propio ser es preciso que la identificación no provenga sino de la anegadora virtud de la nada”.

¹¹ María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Madrid, Endymion, 1996.

¹² María Zambrano. “Dos visiones objetivas”, en *Las palabras del regreso*. Ed. cit., p. 82-83; también citado por Jesús Moreno Sanz en “Insulas extrañas, lámparas de fuego...”, en *María Zambrano. La visión más transparente*. Madrid, Editorial Trotta / Fundación María Zambrano, 2004, p. 233.

¹³ Citado por Jesús Moreno Sanz en “Luz para la sangre. Genealogía del pensamiento en la vida de María Zambrano”, en *María Zambrano. La visión más transparente*. Ed. cit., p. 43.

¹⁴ *Ibid.*, p. 42

¹⁵ María Zambrano. *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. cit.

¹⁶ Recogido en María Zambrano. *Delirio y destino (Los veinte años de una española)*. Madrid, Mondadori, 1989, p. 332.

maestro, la locura, sino porque su destino fue acaso el de la lucidez más unilateral, en este sentido metafísica: ofrecer el testimonio de la nada, aunque, como él mismo deja entrever, pudiera ser una nada como fuente de plenitud: “¿Pero acaso un vacío que otorga la plenitud no contiene más realidad que la que posee toda la historia en su conjunto?”. ¿Una nada, pues, utópica? ¿O una profecía al revés? Se acercó, pues, Cioran a un borde, a una linde en el final de *Historia y utopía*, pero no traspasó ese umbral. También, como él mismo reconoce, hubo un tiempo en que fatigó los avatares de la mística, pero tampoco nada en ella pudo retenerlo, aunque acaso sea muy difícil continuar existiendo sin haber conservado aunque sea una llama de aquella su vivencia metafísica, tanto de la nada como de la unión mística. Es Cioran, en este sentido, como un verdadero síntoma de nuestro tiempo, esa *edad de hierro*, como él le llama. O esa *edad caótica*, como la nombra Harold Bloom¹⁷, siguiendo también a Vico. No en balde alguna vez escribí, desde Cuba, que Ciorán parecía encarnar al pensador emblemático de nuestra edad caótica¹⁸. El que se queda, como ilustra el personaje de Kafka, a las puertas de la Ley, o como el mendigo o huésped en el umbral, pero no por simple fatalidad sino por deliberada vocación. No pertenece siquiera a ninguna de las llamadas por Bloom, escuelas del resentimiento, aunque algo conserve de ellas, por su inexorable formación rumana, sino que tal parece que es todo él el profeta del resentimiento. No tiene tampoco el consuelo de la equivocada esperanza nietzscheana, el mito del superhombre, porque él mismo parece encarnar como su reverso furioso. Mucho menos pudo acercarse Cioran -aunque acaso lo intuyó y lo deseo- a ese *hombre verdadero* o bienaventurado ser auroral, de María Zambrano. Pero nadie como él para mostrar ese pavoroso síntoma de nuestro tiempo: el suicidio del hombre occidental. Y sin embargo, y sin embargo, algo en él esconde como una suerte de inconfesado romanticismo, algo vulnerable y cercano a la niñez. Algo de *poeta escondido*, porque incluso a veces parece traicionarlo la embriaguez de las palabras. Muy a menudo tengo la impresión de que es demasiado el énfasis en cierto temas negativos, casi retóricamente nihilistas, y de que es en realidad el entusiasmo de las palabras el que lo lleva a enunciarlos, una suerte de voluptuoso o morboso vértigo de raíz poética, sagrada. ¿No tiene algo de reconocimiento de lo sagrado su extraño amor por España, o su confesada y casi solitaria pasión por la música, semejante en esto último a Nietzsche y, por supuesto, también a

¹⁷Harold Bloom. *El canon occidental*. Barcelona, Anagrama, 1995.

¹⁸Jorge Luis Arcos. “Notas sobre el canon. Introducción a un texto infinito sobre el canon cubano”. *Unión*. La Habana, Nueva época (50): 60-64, abr.-jun., 2003.

María? Hay instantes en que esa oscura y oculta sentimentalidad sale a la luz, como cuando expresa: “Sólo intimamos verdaderamente con la vida cuando decimos –*de todo corazón*- una trivialidad”¹⁹.

Por otro lado, ¿qué vio Cioran en María Zambrano que lo llevó a escribir acaso el mayor elogio de toda su vida? Escribió Cioran: “... desearía uno consultarla al llegar a la encrucijada de una vida, en el umbral de una conversación, de una ruptura, de una traición, en la hora de las confidencias últimas, grávidas y comprometedoras, para que ella nos revele y nos explique a nosotros mismos, para que nos reconcilie tanto con nuestras impurezas como con nuestras indecisiones y nuestros estupores”. Habrá que reconocer que acaso Cioran vislumbró en la propia María ese camino hacia el interior del hombre, hacia ese hombre verdadero donde se pueda cumplir esa *profecía de las entrañas*, que ya no utopía, que fue incapaz de recorrer él mismo, donde se reconcilie finalmente lo sagrado con lo divino, o como dijera con su canto gnóstico José Lezama Lima, lo telúrico con lo estelar.

¹⁹E. M. Cioran. *Silogismos de la amargura*. Barcelona, Tusquets, 2002, p. 55.

